Pablo Martín Carbajal

Tú eres azul cobalto

La historia de una mujer que buscó su camino
a través del arte de Frida Kahlo

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra© Pablo Martín Carbajal
De la edición © M.A.R. EDITOR
Imagen de portada © Andrey Kiselev - Fotolia
Fotografía del autor en solapa © Coco MG
Noviembre de 2014
http://www.mareditor.com
ISBN: 978-84-942182-5-5
Depósito legal: M-29412-2014
Diseño de la colección: Absurda Fábula
Impreso en España

A abuela María

-1-

La primera vez que oí hablar de Dorothy Hale yo todavía no me había planteado por qué llamábamos a nuestro hijo Juanillo, la verdad es que ni siquiera me daba cuenta cuando jugaba con él en su dormitorio mientras Juan leía el periódico sentado en el sillón de la sala. Llevábamos cuatro años casados, y a pesar de que nunca habíamos estado en Nueva York, cuando Alfredo terminó de narrar la historia de Dorothy enseguida fui capaz de imaginarme a esa chica, cuyo nombre escuchaba por primera vez en mi vida, sentada en uno de los sillones victorianos de su suite en el Hampshire House, contemplando con la frialdad de su asumida derrota aquel vestido negro de terciopelo extendido sobre la cama. En ese momento no comprendí cómo pude imaginar lo que estaba pasando por la mente de aquella mujer de los años treinta, hasta hace muy poco yo no me hacía muchas preguntas y tan sólo la historia comenzó a despertar mi interés por el nombre: durante mi infancia había maldecido constantemente a mis padres por haberme llamado como mi madre, Dorotea; en inglés, Dorothy, no sonaba tan mal.

En cualquier caso el nombre sólo fue el desencadenante de mi interés, el resto de la historia la contó Alfredo en aquella cena la noche en la que nos conocimos, todavía recuerdo su voz ronca, precisa y pausada mientras recorría con su mirada cejijunta a todos los que estábamos en la mesa: *«Dorothy Hale había llamado días antes a su amiga Clare Boothe para invitarla a su fiesta de despedida, aprovechó para pedirle consejo sobre qué vestido ponerse, el de terciopelo negro te sentará mejor, querida, le dijo Clare al otro lado del teléfono. Esa noche,*

el 21 de octubre de 1938 —Alfredo marcó intencionadamente un silencio mientras me observaba con sigilo —, *justo antes de bajar al salón donde la esperaban todos los invitados, Dorothy cogió de un jarrón de bohemia el ramillete de rosas amarillas que le había enviado su amigo el escultor Noguchi, recortó un poco los tallos y las prendió del vestido. Todavía permanecían intactas después de la fiesta, a las seis menos diez de la mañana, cuando abrió de par en par las ventanas de su apartamento en el piso cincuenta y le golpeó en el rostro el frío otoñal de Nueva York».*

Alfredo siempre narraba así, sugerente y misterioso como alguien que cuenta cuentos por la radio, más tarde me di cuenta de que las cartas que empezó a enviarme también estaban cargadas con la misma capacidad de seducción, nada era al azar en su actitud. Todos en la mesa permanecimos atentos a su relato, aunque no creo que mis compañeros lo escucharan con la misma emoción que yo. Al terminar recitó una frase del diario de Frida: *«la angustia y el placer, el dolor y la muerte, no son nada más que un proceso para existir»,* calló dejando correr el susurro de sus palabras y ya no volvió a hablar en toda la noche. Recuerdo aquel silencio espeso, muchos de nosotros casi ni nos conocíamos, era uno de esos fines de semana de convivencia que nos organizaban en el trabajo para socializar con la gente de otras delegaciones y no todos teníamos mucha confianza, tras unas miradas de compromiso alguien comentó algo a modo de broma pero las risas de ellos no pudieron ser secundadas por mí: de repente me pareció imposible reírse en ese momento. Cuando hubimos pagado todos propusieron seguir de copas, yo no quise ir, cualquier otro día me hubiese apuntado, me gustaba tomarme un vodka con naranja y prolongar la velada en cualquier discoteca, pero esa noche, sin entender muy bien el porqué, en mi mente sólo estaba la historia de Dorothy, la imaginaba en ropa interior, descalza, sentada en un sillón victoriano contemplando con misticismo o con miedo el

vestido de terciopelo extendido sobre la cama y quizás pensando en algo parecido a esa frase del diario de Frida que ahora, meses después del día en que conocí a Alfredo y del inicio de toda esta historia, se me repite tan nítida todas las noches: la angustia y el placer, el dolor y la muerte, no son nada más que un proceso para existir.

—Qué comedido has estado hoy, Alfredo —escuché a una de las chicas decirle cuando ya estábamos a punto de salir del restaurante—, sólo has contado la historia de la tal Dorothy y ya está, con lo hablador que eres —los dos estaban a varios metros enfrente de mí y me percaté de que él recibía esas palabras observándome, tenía una mirada dura, las cejas juntas, el pelo ondulado peinado hacia atrás, la piel un poco agreste como la de un marinero.

Tardé unos minutos en despedirme del resto del grupo, Angelines me intentaba convencer para que continuara con ellos —venga, Dori, aunque sólo sea una copa— pero yo ya había decidido no acompañarles, le dije que estaba un poco cansada, creo que nadie sospechó la verdadera razón, ni siquiera yo misma ya que no estaba segura de lo que me estaba ocurriendo... Mientras repartía a unos y a otros besos de despedida él vino hacia mí y me preguntó muy cordial que si no me importaba que regresáramos al hotel juntos. La noche estaba agradable, caminábamos lentamente, como una pareja que da un paseo frente al mar en su primera cita, me contó que hacía unos seis meses que había empezado a trabajar en la empresa y que era su primera reunión con las otras delegaciones. Hablábamos en voz baja, casi con miedo a rasgar el silencio de la noche, le pregunté que cómo había conocido la historia de Dorothy Hale y me respondió que pasaba muchos fines de semana leyendo, que leer le hacía vivir

otras vidas, que de esa manera había vivido la historia de Dorothy como si fuera la suya propia, la angustia, el placer, el dolor y la muerte, me dijo… Mientras conversábamos, entre frase y frase aparecían unos largos silencios en los que escuchaba el taconeo de mis pasos y me fijaba en la luz de las farolas que titilaban como si fueran estrellas; pensaba en Dorothy, en Juan, en Juanillo, en ese hombre que caminaba a mi lado rodeado de ese áurea de misterio. No hablamos mucho más, fue una conversación muy breve pero suficiente para dejarme un rastro de inquietud. Nos separamos cuando el ascensor del hotel paró en el octavo piso, subíamos callados, cruzábamos miradas, sonreíamos, desviábamos la vista al suelo, no sabía si era incómodo o agradable... Al salir de la cabina me giré para despedirme y él, sin decirme nada, mirándome a los ojos con sus cejas cejijuntas, conteniendo una sonrisa que apenas se le dibujó en los labios, movió levemente la palma de la mano diciéndome adiós al tiempo que las puertas correderas se cerraban. Caminé por el largo pasillo hacia mi habitación, introduje la tarjeta en la cerradura, se alumbró un piloto verde, abrí y encendí la luz del recibidor, nada más entrar pasé al baño, cuando presioné el interruptor la bombilla se fundió con un estallido seco, al verme reflejada medio a oscuras en el espejo —las sombras llenando de matices mi rostro— sentí cómo mi piel incrementaba levemente su temperatura, quizás por intentar comprender todo lo que pudo haber pasado por la cabeza de Dorothy Hale en aquella noche de 1938 cuando regresó a su apartamento del Hampshire House y abrió de par en par las ventanas del piso cincuenta. *«Dorothy regresó a su apartamento* —recordé la voz ronca de Alfredo contándonos aquella historia durante la cena— *estaba algo aturdida por las copas, apenas se había puesto maquillaje y casi brillaba su piel blanquecina, abrió las ventana de par en par, necesitaba que el frío de la noche le golpeara rostro, de repente…»*, me

había quedado sin habla, se me había encogió el pecho, la misma sensación de desconcierto con la que escuché su misteriosa narración en el restaurante continuaba acongojándome medio a oscuras frente al espejo del baño... Decidí darme una ducha, no suelo hacerlo por las noches pero sentía la piel pegajosa, me desmaquillé lentamente, en silencio, experimentando una tensión desconocida, como si fuera a ocurrir algo, recordaba la misteriosa mirada de Alfredo y la palma de la mano despidiéndose pausadamente en el ascensor en un gesto que no era precisamente una despedida... El agua caliente de la ducha salió con fuerza y el vapor inundó pronto el cuarto de baño, yo cerraba los ojos, dejaba correr el agua sobre mi cuello, sobre mis pechos, en la oscuridad de mis párpados cerrados se me aparecía el rostro blanquecino de Dorothy en la ventana absorbiendo el aire frío de Nueva York, recordaba el preciso movimiento de los labios de Alfredo y el tono misterioso de su voz ronca narrando el desenlace: *«de repente Dorothy asomó medio cuerpo por la ventana mirando hacia abajo* —hizo una pausa mientras me observaba—*, se subió a la barandilla, y se arrojó al vacío»*.

Dorothy Hale se había suicidado, al salir de la bañera tuve que pasar la mano para limpiar el vapor del espejo, éste quedó emborronado de gotitas y estando el baño medio a oscuras no me reconocí del todo, a pesar de la ducha no podía desquitarme de esa sensación extraña que no era capaz de identificar. Abrí el neceser, saqué la crema antiarrugas, mientras me la extendía con detenimiento por la cara me vino a la mente el nombre de Juanillo y me acordé de que no había llamado a Juan. Ya era tarde, estaría durmiendo, cuando alguno de los dos estaba de viaje nunca nos íbamos a dormir sin llamarnos para desearnos las buenas noches, supuse que él habría pensado que había continuado de copas. Una vez en

la cama pensaba en la segunda parte de la historia, la que me parecía sin duda más terrible aún que el suicidio, la que había terminado por descolocarme, la que me condujo a no comprender nada: Clara Boothe, la amiga de Dorothy, se tropezó con Frida en una exposición, le propuso que pintara un retrato de la malograda Dorothy para regalárselo a su inconsolable madre. A Frida le gustó la idea y a las pocas semanas le entregó el cuadro que horrorizó a Clare y que me horrorizó a mí: Dorothy aparece retratada en la ventana de un rascacielos y se arroja al vacío, en el cuadro se observa su figura caer, Dorothy en la ventana, Dorothy cayendo, Dorothy en primer plano desangrándose en la acera, la sangre que sale de su cabeza forma un charco en el suelo, tiene los ojos abiertos, la mirada yerma, está intacto el ramillete de rosas amarillas que se había prendido del vestido de terciopelo.

La angustia y el placer, ¿quién era esa tal Frida Kahlo?, el dolor y la muerte no son más que un proceso para existir. No podía dormir, daba vueltas sobre la cama, no sentía el olor de Juan a mi lado, los números rojos fluorescentes en el reloj del televisor marcaban las tres de la madrugada. ¿Qué tipo de mujer podía pintar como regalo para una madre un cuadro donde se representaba el suicidio de su hija? Me levanté, caminando descalza sobre la moqueta me dirigí hacia la puerta de la terraza, la abrí de par en par, me golpeó en la cara el frío otoñal de la noche. La ciudad estaba en silencio, no se escuchaba nada, en el edificio de enfrente había una ventana encendida, una mujer apareció de pronto, debía tener unos cincuenta años, tenía el pelo largo y llevaba un camisón blanco de tirantes, apoyó pensativa la frente en el cristal por unos segundos y después desapareció; fue entonces, observando a aquella mujer, con la historia de Dorothy revoloteando en mi cabeza, cuando después de tanto tiempo me volví a acordar de ti, tía Mila.

—¿Te molesta que me siente contigo? —le pregunté. No había podido dormir bien pero aún así me había levantado temprano. Alfredo estaba desayunando en el restaurante del hotel, sujetaba una taza de café en la mano mientras leía un libro que estaba abierto sobre la mesa. Tenía el pelo mojado, peinado hacia atrás, levantó la vista y me miró frunciendo sus ojos cejijuntos. Muchas veces he recordado esa mirada, esa mirada híbrida, como si me conociera, como si hubiera hablado conmigo la noche anterior o como si no, muchas veces incluso he pensado que quizás fue ése el detonante aunque ni siquiera estoy segura de que haya existido alguno; la historia de Dorothy, esa mirada de Alfredo, probablemente tú, tía Mila, hace ya tantos años...

—Claro que no, por favor, siéntate —me dijo mostrándome con la palma de la mano la silla que estaba enfrente suya.

¿Por qué empecé a hablar de esa forma con él? ¿Por qué entramos de repente en esa conversación? ¿Por qué atendí a sus preguntas como si fuese un amigo íntimo y no un tipo al que acababa de conocer? En un momento de la charla me preguntó si estaba casada y yo recordé la noche en la que conocí a Juan en el instituto, en aquella fiesta que organizaban los de COU para financiarse el viaje de fin de curso. Yo ya lo conocía de vista, las chicas más jóvenes siempre nos fijábamos en los mayores y inevitablemente me había fijado en él. Aquella noche me dirigí a la barra donde estaba sirviendo copas para pedirle fuego, casi no sabía fumar pero pensé que resultaría más interesante que me viera con un cigarrillo. Juan me miró a los ojos como si me estuviera esperando, a mí me gustaba el ángulo triangular de su mentón, su pelo liso y rubio, su nariz bien proporcionada, sus ojos castaños claros del mismo color de sus cejas; él me cogió el cigarrillo de la boca, lo encendió con el suyo en su orgulloso papel de hombre imberbe, echó una bocanada de humo hacia

arriba y lentamente lo depositó en mis labios. Me dijo que lo esperara, que dentro de quince minutos terminaba su turno. Acabamos en un banco de afuera, los dos un poco bebidos dándonos el primer beso de nuestra vida.

—¿Fue ahí la primera vez que te metió mano? —me preguntó Alfredo provocador, y desvió la mirada hacia el interior de la taza de café, dejando todo el espacio abierto para mi respuesta.

Claro que me sorprendió su pregunta, pero seguí contándoselo de todas maneras, con una extraña familiaridad. Yo no era de esas que solía besarse en público pero estábamos algo más que un poco bebidos. Había gente alrededor, Juan introdujo la mano por mi espalda, intentó desabrocharme torpemente el sujetador sin conseguirlo y acabo metiendo la mano impacientemente por debajo para acariciarme los pechos. Recuerdo aquel tacto frío, impaciente, ajeno, que me dejó algo indiferente. Se la aparté, la gente entraba y salía del local, nosotros estábamos sentados en un banco a unos metros de la puerta y algunos nos estaban mirando. Antes de despedirnos me pidió mi teléfono, me emocioné tanto que casi estuve a punto de llorar, aunque él no lo percibiera. Al día siguiente me llamó para ir al cine, me cogió la mano hacia la mitad de la película, cuando acabó y salimos a tomarnos una hamburguesa ya estábamos saliendo juntos. ¿Por qué se lo conté? No lo sé, nunca solía dar tantos detalles y menos de temas que yo consideraba de mi intimidad. Pero con Alfredo era distinto, su piel agreste, sus cejas cejijuntas alternaban una mirada fija o evasiva, inquisidora o huidiza, me dejaba hablar, de alguna forma me imponía la necesidad de contarle cualquier cosa que él quisiera.

—¿Y tú? —le pregunté con un tono de inseguridad mientras esparcía la mantequilla en una tostada—. ¿Alguna mujer? —intentaba adivinar su edad aparentemente indefinida, podría ser mayor o más joven de lo que aparentaba.

—Soy soltero —me susurró clavándome la mirada, fue la primera vez que me penetró.

—¿Nunca has estado casado?

—No —marcó un silencio—, y tengo cuarenta y tres años —corrió la silla hacia atrás y se levantó a buscar otro zumo de naranja. Me quedé desconcertada, por ese entonces yo no tenía opinión para ese tipo de encuentros, normalmente tendría que haber pensado que se trataba de un tío raro, hacerme la loca y comentarlo luego con las amigas; pero con Alfredo era distinto, provocaba algún tipo de sentimiento que por ese entonces no estaba capacitada para definir, mis criterios no iban más allá de que un acontecimiento me pareciera alegre o triste, bueno o malo, no conocía el significado real que existía detrás de muchas otras palabras, todavía no había aprendido lo que eran las emociones, o lo que significaban algunos de los sentimientos.

Cuando terminó de desayunar me dijo que debía irse, que había adelantado el avión. Todos nosotros teníamos la salida programada por la tarde. Se despidió muy formal, con dos besos, como si no hubiese pasado nada entre nosotros. Me quedé sola frente a la taza de café observando cómo caminaba hacia la salida, me hubiese gustado que se hubiera dado la vuelta para despedirse pero no lo hizo. Lo volví a ver en la piscina una media hora más tarde, yo estaba adormecida en una hamaca disfrutando de unos agradables rayos de sol mientras esperaba a que se levantaran los otros compañeros cuando noté un pequeño golpe en el hombro, sobre una mesilla contigua dejó caer unos folios, mirándolos a primera vista pude comprobar en el extremo inferior una dirección de Internet. Léetelas —me dijo—, ahí tienes toda la historia de Dorothy Hale, y antes de que yo me pudiera incorporar ya se había marchado. Me senté sobre la hamaca, cogí los folios y algo desorientada les eché un vistazo, fijé mi atención en el retrato de

una mujer del todo extraña: tenía algo de bigote, las cejas cejijuntas como las de él, el vestido se confundía con las hojas de una planta y el pelo creaba una peculiar trenza sobre la cabeza en forma de serpiente. Frida Kahlo, ponía a pie de foto. Levanté la vista buscando a Alfredo y distinguí su espalda desapareciendo tras una puerta de cristal unos metros más arriba.

Fue esa misma noche cuando se lo dije a Juan, en aquel momento no entendí cómo fui capaz de decirlo o por qué esa frase había salido de mis labios. Al abrir la puerta de casa me los encontré cenando, saludé a Juan con un beso en los labios y al niño con otro que resonó en el cachete. Me fui al dormitorio a deshacer la maleta, cariño, ya lo haces mañana, me dijo Juan, siéntate con nosotros, pero no le hice caso. Prolongué un poco más de tiempo el hecho de sacar la ropa, apartar la sucia, colgar los trajes en el armario, cuando ya no pude demorarme más y me quedé sin nada que hacer me senté sobre la cama, esperé unos minutos antes de irme al salón con ellos. El niño estaba inquieto con mi presencia, mami, mami, decía, y extendía su manita para venirse conmigo, Juan intentaba meterle la cuchara en la boca pero él la cerraba, o giraba la cabeza hacia un lado buscándome y riendo, Juan insistía: Juanillo que si abre la boca, Juanillo que si presta atención, yo miraba sin mucho entusiasmo, Juanillo que deja a mamá que viene cansada, y de repente fue cuando lo dije, sin saber por qué, sin saber del todo qué significaba esa frase de la que tanto me estuve acordando los meses siguientes.

—Quiero que dejemos de llamar al niño Juanillo —afirmé—, se llama Juan.

Juan detuvo la trayectoria de su mano, con la cuchara suspendida a escasos centímetros de la boca abierta del niño giró la cabeza, me miró con un gesto de duda, y me preguntó que si había cogido frío en el viaje.